

CUERPO, HISTORIA,
INTERPRETACION.

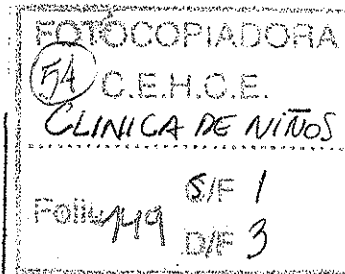
Luis Hornstein y otros.

Paidos.

Pag. 171-182.

3. DUELO Y TRASTORNOS PSICOSOMATICOS
(La niña de la pregunta sobre los ovni)

María Lucila Pelento



Cuestiones de límites y de fronteras marcan algunos de los debates surgidos alrededor de la enfermedad psicossomática. Repetidas veces se señaló que este tipo de trastorno se encuentra en los límites de lo analizable. A veces ese límite fue entendido en sentido literal como demarcación de una zona en la que el analista no debe penetrar. Otras veces fue el punto de partida para el desarrollo de hipótesis creadoras, hipótesis que suelen incluir la consideración cuidadosa de las vicisitudes y fallos de la estructuración psíquica temprana.

También se afirmó que este tipo de alteraciones se ubican en un lugar de cruce o, como señaló Ch. Rodas, en un lugar de encrucijada. Y una encrucijada puede ser un lugar de encuentro, de orientación pero también puede ser un lugar de extravío o de confusión.

Por estar ubicados estos trastornos en ese lugar de fronteras, la investigación a la que dan lugar tiene facilitado el contacto con conclusiones provenientes de otras disciplinas. Como sabemos, estos aportes son a veces lisa y llanamente recusados; en otras oportunidades, por el contrario, se los utiliza como respuestas acabadas a todas las preguntas que estos trastornos suscitan. Por supuesto, en este caso esa zona de encrucijada se transforma en zona de extravío.

Existiría también una tercera posibilidad, la que impulsaría, sin forzar integraciones, a pensar esos datos, a transformarlos en interrogantes intentando responderlos con instrumentos conceptuales propios de nuestra disciplina.

Y si, como señaló Bion, la riqueza de una experiencia —sea clínica o teórica— depende de la multiplicidad de los puntos de vista a partir de los cuales puede ser examinada, esta transformación de datos en problemas aumenta esos puntos de vista sumándose éstos a ese enigma central que convocó a los analistas: cómo entender el corte entre cuerpo y psiquismo que se produce en la enfermedad psicósomática.

Deseo puntualizar algunos de los datos que merecen ser pensados: entre otros, los que señalan que las personas sometidas a cambios disruptivos enferman más que las que no lo están o los que afirman que el duelo constituye una situación paradigmática de cambio disruptivo o los que señalan que el estrés posee una especie de antídoto natural y que ese antídoto se llama soporte social (Bernardi, R., 1989).

Estos datos reformulados en preguntas se me volvieron acuciantes tanto en la clínica de adultos como en la clínica de niños. Respecto de esta última, tanto en los trabajos de analistas que investigaron la cuestión del duelo en los niños como en mi propia experiencia, no todo niño que pierde a sus padres produce un trastorno psicósomático. Lo que sí es cierto es que frecuentemente se observan trastornos somáticos de corta duración pero dotados de una enorme carga expresiva; allí el sostén familiar puede ayudar a revertir el malestar, ofreciéndole al niño el plus de placer y las representaciones que necesita. Como señaló P. Aulagnier, estas perturbaciones esporádicas, más que indicar un corte entre el cuerpo y el psiquismo parecen delatar, en cambio, su intrínseca relación.

Sin embargo, la clínica a veces nos enfrenta con niños

en los que la pérdida de uno de los padres parece haber producido un efecto arrasador. Niños que a veces me hicieron recordar a esos niños congelados e indiferentes que describió Kreisler. Niños desvitalizados, con secuelas en su cuerpo y en su psiquismo, que parecen generar un movimiento de alejamiento y no de acercamiento, como si en ellos también se hubiera construido “como una zona siniestrada” (P. Aulagnier, 1988).

Una situación de este tipo observé, sobre todo en el comienzo, en el tratamiento de una niña de seis años a la que llamaré Inés.

Inés llegó a mi consulta por presentar cefaleas e hipertensión. Desde el punto de vista médico se trataba de una situación compleja, ya que la hipertensión no produce cefaleas en los niños, pero las cefaleas aumentan la presión arterial.

Los abuelos relataron que la niña vivía con ellos desde hacía un año y medio, fecha en que sus padres fueron secuestrados. Muy rápidamente los abuelos conjeturaron que su hija y su yerno habían sido asesinados. A la niña se le dijo —después de un tiempo— que sus padres estaban muertos. Sus síntomas somáticos se iniciaron unos seis meses antes de consultarme.

Según sus abuelos, Inés hizo y hacía muy pocas preguntas, habiéndose adaptado con relativa facilidad a la nueva situación.

Unos meses antes del secuestro de la mamá de Inés, ésta le había comentado a su propia madre que estaba triste y preocupada por no quedar de nuevo embarazada y por la desaparición de un abogado, socio y amigo de ellos. Conjeturaba que lo habían secuestrado por presentar hábeas corpus por personas desaparecidas.

Al recibir a Inés encontré a aquella “niña juiciosa” de la que me habían hablado sus abuelos.

Durante los primeros meses de tratamiento realizaba dibujos convencionales, daba muy pocas asociaciones. Respondía a menudo “no sé” o “no se me ocurre nada”. Dibujaba sin placer, detrás de un trato formalmente “correcto” se la percibía distante y desinteresada. Aceptaba los hechos sin angustia, ni queja, ni protesta. En una de las oportunidades en que su abuela se atrasó al venir a buscarla —situación que me preocupó por las experiencias vividas por ella—, de un modo hiperrealista concluyó que “ya vendría, se podía haber atrasado por el tráfico”.

Después de unos meses de tratamiento surgió un fenómeno que me llamó enormemente la atención: su hipersensibilidad para captar olores a través de los cuales identificaba la cualidad de ciertos objetos. Comenzó a mencionar el “olor a cera del piso”, “el olor a jazmín del jabón” o “el olor a rosas” provenientes de flores ubicadas en un lugar no visible desde el consultorio. Esta hipersensibilidad, sumada a su expresión desvitalizada y al tono monocorde de su voz, causaba una profunda impresión.

Con el tiempo, esta agudeza olfatoria generó en mí sentimientos de malestar y de angustia, ya que Inés en un doble movimiento parecía atravesar todos los objetos, tomando al mismo tiempo posesión de su perfume. (Recordecé, en ese momento, aquel personaje de la novela *El perfume*, el que llega a asesinar para extraer todo el perfume del cuerpo de su amada.)

De todos modos, si al principio los objetos parecían ser para la niña “sólo un olor”, con el tiempo las palabras de la niña me ayudaron a entender que ese vínculo le permitía identificarme e imaginarme en determinado tipo de actividades. En una sesión, de un modo sorprendentemente expresivo exclamó: “Hay olor a fresias, compraste flores, justo las que me gustan”. En otra oportunidad expresó: “Cuando venía en el ascensor sentí olor a pintura... una vez, cuando mis abuelos pintaron la casa,

‘no teníamos ni un lugar para estar’”. Se me hizo evidente que esos signos se iban transformando con el tiempo en señales de presencia y ausencia, vivenciando esta última literal y metafóricamente como quedarse sin “ni un lugar” en la vida, ni en la mente de aquellos que necesitaba.

A estos fenómenos significativos le sucedieron dibujos también especialmente significativos. En una sesión dibujó una niña sentada en el suelo al lado de la cama; dijo que la niña no podía dormir. Espontáneamente asoció su dibujo con un problema que la aquejaba, su insomnio, describiéndolo como un insomnio vacío, sin imágenes, ni ideas, ni sentimientos. Me preguntó por primera vez si su insomnio podía tener que ver con los dolores de cabeza.

A partir de ese momento cambió el modo de expresión de la niña; su tono se volvió cada vez más imperativo. Mientras dibujaba me pedía objetos en forma tiránica y exigente: “¡Goma!, ¡el rojo!”, etc. Estas demandas exigentes —que parecían exigir mi total atención e incondicionalidad— se centraban en un momento en una cuestión determinada: mientras tomaba en sus manos un helicóptero, exigía saber si los OVNI existían o no existían y, si existían, de dónde venían. Me enteré por ella misma que esta pregunta obsesante la dirigía a todas las personas que la rodeaban: su maestra, sus compañeras, sus abuelos.

Poco a poco percibí que lo que desataba su angustia era que le ofrecieran respuestas diferentes o que desvalorizaran su pregunta. Una fantasía que tuvo por la noche —una de esas noches en las que no podía dormir— empezaba a habitar su insomnio blanco: “Me imaginé que un OVNI bajaba del cielo, venían señores malos y se llevaban a la gente”. Esta fantasía que la inundó de pánico, la movió por primera vez a despertar y llamar a sus abuelos. (En otra oportunidad y ante una de mis preguntas me había respondido; “No puedo llamar a los abuelos, es de noche y de noche hay que dormir”.) En esa ocasión la

abuela y la niña hablaron largamente de lo que les había sucedido a sus padres tiempo atrás. Cedió su pánico y su llanto, y abrazada a su abuela se durmió. Desde ese momento se calmó su insomnio.

Roto cierto pacto de silencio comenzó a desplegar todas las preguntas, las nostalgias y los temores que hasta ese momento no había podido percibir ni comunicar.

En sesión comenzó a llorar: lloraba porque había perdido los lápices de colores que tanto necesitaba, lloraba porque una compañerita la había empujado; en su llanto se condensaban todos los desamparos que había vivido: los que tenía que tolerar y los que hubiera sido importante que no hubiera tenido que vivir. Sin embargo, iba encontrando en sí misma razones que apaciguaban su dolor: a veces reconocía que había empujado a la amiguita primero, otras que se sintió "empujada por sus papases"; a veces pensaba que su maestra tal vez había encontrado los lápices y "se los había cuidado".

Descubrí con el tiempo que Inés encontraba placer en darme placer: me ofrecía un dibujo o me contaba un chiste o me cantaba una canción. Pensé que trataba de revertir así la marca que el encuentro con la depresión de otros había dejado en su psiquismo. Uno de los problemas más difíciles que un niño a veces tiene que afrontar es el del contacto con la depresión de los adultos. En esos casos, no tienen posibilidad de registrar que pueden dar placer y compartirlo. Experimentan en cambio a su hacer como frío y vacío, incorporando —como señaló Kestenberg— el clima depresivo y las vivencias de pérdida de los adultos.

Inés no sólo lloraba o daba placer; también protestaba y se enojaba cuando otro niño ocupaba el tiempo de su analista, hasta que su pregunta cayó como un fruto maduro: "¿Por qué no tengo hermanitos?". Esta pregunta le permitió articular historia y fantasmas. Un sentimiento de culpa omnipotente y defensiva que la había llevado en algún momento a afirmar que si hubiera estado despier-

ta —recordemos su insomnio— habría podido evitar el secuestro de sus padres, iría a diluirse para dejar aparecer —vía repetición— la culpa que sentía por los celos que le desataba la presencia de otros nietos entre ella y sus abuelos.

Enojo celoso y culpa que precipitó la recuperación de otro fragmento de su historia: la abuela recordó y le relató que cuando era pequeña insistía en dormir con sus padres y se enojaba mucho cuando su padre la llevaba de vuelta a su dormitorio.

Durante un largo tiempo fuimos realizando con Inés —con una nena que ya juega— una difícil tarea de discriminación: discriminación de lazos familiares, discriminación entre intención y hecho, entre hacer cosas por azar o "a propósito", entre rabieta y violencia actuada, entre las tristezas de otros y la propia, entre las distintas direcciones de sus deseos y de sus enojos. Poco tiempo antes de terminar su análisis y habiendo desaparecido sus cefaleas y su hipertensión, Inés le pidió a sus abuelos que la llevaran a la calesita, lugar al que obstinadamente se había negado a ir. Poco tiempo después recordaba que "una vez fue a la calesita con sus padres...".

Retomaré ahora algunas de las preguntas que me condujeron a seleccionar el material que acabo de presentar. Pero lo haré partiendo de una pregunta que atravesó gran parte de la teorización de P. Aulagnier: ¿qué sucede cuando el sufrimiento traspassa el nivel de lo tolerable? Esta pregunta exige, en primer lugar, conjeturar o detectar cuál pudo ser —en el caso de existir— esa fuente de sufrimiento extremo. Repitamos entonces la pregunta antes formulada: ¿Puede ser la muerte de ambos padres para un niño esa fuente generadora de un sufrimiento que sobrepasa el nivel de lo tolerable? Dicho en otras palabras, ¿siempre la muerte de uno o ambos padres

ejerce un severo efecto traumático en el niño? Como sabemos, el gran número de investigaciones realizadas en los últimos treinta años no dan una respuesta unívoca.

Sin embargo, leyendo las publicaciones de los últimos años se observa que cada vez más el interés está centrado en descubrir cuáles son las condiciones que hacen que la muerte de uno o ambos padres sea traumática o que el duelo se vuelva imposible (Furman, E., 1974, 1986; Arfouilloux, J. C., 1983).

Si bien es evidente que nunca se puede señalar a priori si la muerte de uno o ambos padres es traumática para el niño y que esto sólo puede ser revelado en el curso de su análisis, sin embargo es útil acercarse a la combinatoria de factores traumatogénicos que algunos de los autores señalaron a partir del análisis de niños.

E. Furman, prosiguiendo la investigación ya planteada en su libro *A Child's Parent Dies*, señala en un nuevo artículo de 1986 algunos de los factores traumatogénicos, entre otros: las circunstancias de la muerte, las experiencias anteriores, la organización defensiva e impulsiva existente, así como el inadecuado sostén (*holding*) ambiental. Por otra parte, J. C. Arfouilloux, en un texto conmovedor titulado *Los niños tristes*, revisa el problema del duelo en los niños señalando que para que un niño pueda ser trabajado por la pérdida que le toca vivir necesita que se lo provea de palabras y de representaciones. Dice este autor: "Corresponde a los adultos hacer expresable mediante palabras todo lo referente a la persona del desaparecido y a las circunstancias de su muerte a fin de que la incorporación —de efectos mutilantes— no sustituya a la introyección de las representaciones —etapa necesaria que permite cierto grado de identificación con el muerto— antes que el trabajo de duelo lo entierre por segunda vez". ¿Qué puede suceder entonces cuando "las circunstancias" de la muerte de los padres dificultan esa tarea de transmisión de represen-

taciones? ¿Qué sucede cuando el tejido social desmiente los hechos? ¿Qué pasa cuando estos factores entran en colusión con esa dificultad que solemos sentir los adultos para hablarle a un niño de una muerte-asesinato? ¿O en colusión con determinada ecuación personal de los adultos?

Ante todo deseo señalar que el curso del análisis de Inés me permitió categorizar la desaparición-asesinato de sus padres como un hecho responsable de un sufrimiento extremo: por la brusquedad de la desaparición, por la pérdida de todos sus referentes habituales, por la angustia y el dolor ahogados de los objetos sustitutos, por la obturación de todo examen de realidad, por la ruptura que provocó del contrato narcisista. ¿En qué forma introdujo Inés la situación vivida, ese hecho sin digerir de su pasado histórico y cuándo? Fue para mí conmovedor observar cómo surgía del corazón del entramado transferencial su pregunta: "¿Existen los OVNI? ¿De dónde vienen?". Esta creación altamente simbólica le permitió sostener una pregunta, cuyo devenir me permitió palpar el camino que empezaba a trazar el mecanismo de repetición.

Hago un paréntesis para agregar que muchos años más tarde volví a asombrarme cuando, al leer un trabajo de un historiador sobre las diferencias entre autoritarismo y totalitarismo, el autor señala que todos los Estados autoritarios introducen en la sociedad un "modelo de llegada", es decir un imaginario particular que anuncia que del "más allá" —más allá de la sociedad civil— vienen hombres con funciones especiales. Según los historiadores, este "modelo de llegada" preannuncia los actos sin ley que se proponen realizar.

Cierro el paréntesis para volver a Inés y señalar que para mí fue importante descubrir el largo tiempo que necesitó la niña para acercarse y plantear su pregunta, pregunta que contenía lo que no había podido meta-

bolizar de su historia material, vivencial y pulsional. La pregunta: "¿De dónde vienen los OVNI?" le permitió desplegar fantasías que concernían a esa fuerza arrasadora que la había despojado de sus padres, así como al enigma de su origen: "¿De dónde vienen los bebés?". Pero, a su vez, estas dos preguntas aparecieron ligadas más tarde a los intentos de novela familiar que empezó a construir.

Creo también útil señalar que a pesar de las dificultades que presentó el encuentro con Inés en el primer período de su análisis, sin embargo éste no fue un tiempo vacío. Por el contrario, fue un tiempo en que pudo acercarse al ámbito del análisis fenómenos pertenecientes a un nivel muy próximo al pictograma. Dicho en otras palabras, fue un tiempo marcado por la circulación de restos sensoriales, restos que transformados luego en señales permitieron que sus afectos y fantasías empezaran a expresarse. A expresar la necesidad de una presencia incondicional o a mostrarme cómo toda ausencia arriesgaba con dejarla "sin ningún lugar", o a transmitirme el momento en que la ausencia se transformaba en presencia potencial.

La catectización progresiva que Inés fue haciendo de mi persona, de los objetos, del ámbito del análisis como de sus propias funciones —imaginación, pensamiento— permitió que se instalara en la transferencia y que desde allí pudiera ir enhebrando su historia, sus cuestiones y sus verdades.

En esa historia seguramente ocupó un lugar importante la depresión de la madre o de los padres en un momento clave de su estructuración psíquica, situación que la volvió especialmente vulnerable en el tiempo en el que tuvo que afrontar la muerte de sus padres.

Dije antes que la niña quiso, en el último período de su análisis, volver a la calesita, y que esto movilizó un recuerdo adormecido. La descripción enternecedora de

Walter Benjamin en su libro *Escritos sobre el niño* que anda en calesita me ayudó a reentender algunos elementos y también a formularme más preguntas. Dice este autor: "El tablado con sus complacientes animales gira a poca distancia del suelo. Es la altura que mejor nos permite soñar que volamos. Se inicia la música y el niño se aleja a sacudones de la madre. Primero tiene miedo de separarse de ella, pero después se percata de su propia fidelidad... Cuando la música se hace más lenta, el espacio empieza a tartamudear y los árboles tratan de recordar. La calesita se convierte en terreno inseguro y surge la madre, el poste muchas veces chocado en el cual el niño, al aterrizar, arrolla la cuerda de su mirada".

Winnicott nos habló de una paciente que se las había arreglado para no nombrar a los objetos sustitutos —sus padres habían muerto— de ninguna manera.

Esta niña de ningún modo quería volver a la calesita. En el eterno retorno que ésta presentificaba, ¿temía no encontrarse con la mirada de su madre o ya alguna vez no había podido arrollar a ella la cuerda de su mirada?

BIBLIOGRAFÍA

- Abraham, N. y Torok, M.: "Introjecter-incorporer. Deuil ou melancolie", *Nouvelle Revue de Psychanalyse*, París, Gallimard, Nº 6, 1972.
- Arfouilloux, J. C.: *Enfants Tristes*, París, Privat, 1983.
- Aulagnier, P.: *La violencia de la interpretación*, Buenos Aires, Amorrortu, 1975.

- : "Condamné a investir", *Nouvelle Revue de Psychanalyse*, París, Gallimard, N° 25, 1982.
- : "Como una zona siniestrada", *Revista de la Escuela Argentina de Psicoterapia para Graduados*, Año 1988, N° 15.
- Bernardi, R.: "Factores de vulnerabilidad y riesgo en medicina psicosomática de acuerdo con las corrientes actuales". Trabajo leído en las Segundas Jornadas Regionales de Salud Mental de la Infancia y la Adolescencia dedicadas a "Trastornos psicosomáticos", Asunción del Paraguay, 1989.
- Braun, J. y Pelento, M.: *La pulsión de savoir dans certains deuils spéciaux*, París, Dunod, 1989.
- Furman, E. C.: *A Child's Parent Dies*, New Haven, Yale University Press, 1974.
- : "On Trauma: When is the Death of a Parent Traumatic?", *Psychoanal. Study of the Child*, N° 41, 1986.
- Kreisler, L.: *L'enfant du desordre Psychosomatique*, Tolsa, Privat, 1981.
- McDougall, J.: *Alegato por cierta anormalidad*, Petrel, 1974.
- Rodas, Ch.: "La psicosomática: una encrucijada enigmática", trabajo leído en las Segundas Jornadas Regionales de Salud Mental de la Infancia y de la Adolescencia sobre: "Trastornos psicosomáticos", Asunción del Paraguay, 1989.
- Winnicott, D.: *Realidad y juego*, Buenos Aires, Gránica, 1972, cap. 1.